

ROBERT RICARD

FEIJOO y el MISTERIO

DE LA NATURALEZA ANIMAL



CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO
INSTITUIDA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE OVIEDO
EN LA UNIVERSIDAD

23

ROBERT RICARD

FEIJOO Y EL MISTERIO
DE LA NATURALEZA
ANIMAL

1970

CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO

N.º 23

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

FEIJOO Y EL MISTERIO
DE LA NATURALEZA ANIMAL

Feijoo y el misterio de la naturaleza animal (1)

Para explicar cómo y por qué he sido llevado a examinar las ideas de Feijoo sobre la naturaleza animal, me encuentro en la necesidad de remontarme hasta la conquista de América. Todo el mundo sabe que uno de los problemas que planteó a los españoles la conquista de América fue el de saber si los indios eran hombres verdaderos o sólo animales de categoría superior. Todo el mundo sabe también que la controversia sobre este punto culminó con la famosa polémica entre Las Casas y Sepúlveda. Hoy nos parece a la vez absurdo y escandaloso que se haya planteado tal problema, y claro está que, en sí mismo y en su principio, resulta escandaloso que hayan podido plantearse. Desde luego, los había que lo planteaban de mala fe, buscando

(1) Conferencia pronunciada en la Universidad de Oviedo (Cátedra Feijoo) el 5 de marzo de 1969 y repetida en el Instituto Español de Munich el 24 de junio de 1969. Se publica aquí con ciertas adiciones y modificaciones.

sin sinceridad un pretexto para explotar a los indios y tratarlos precisamente como bestias de carga. Pero yo creo que no todos obraban de mala fe —los historiadores están de acuerdo para presentarnos a Juan Ginés de Sepúlveda como un humanista honrado y desinteresado—, no todos, pues, obraban de mala fe y parece que tenían atenuantes si nos hacemos cargo del ambiente de la época. Lo malo es que, por más esfuerzos que haga nuestra imaginación, no podemos conseguir representarnos lo que fueron los primeros contactos con América para los hombres del siglo XVI. Nos resulta casi imposible, porque, forzosamente, entre las Antillas que descubrió Colón y el Méjico que conquistó Cortés por un lado, y, por otro, nuestro espíritu de hombres del siglo XX, viene a interponerse, como una pantalla engañadora, cuanto sabemos y vemos de América desde los remotos tiempos de Colón y de Cortés. Nuestra imaginación es incapaz de saltar por encima de más de cuatro siglos de historia para colocarse en el lugar de los descubridores y conquistadores del siglo XVI. Debemos recordarnos que se trataba de una situación muy distinta a la de las relaciones con Asia y Africa. Con Asia y Africa, el occidente europeo siempre había tenido relaciones —relaciones todo lo escasas, irregulares e incompletas que se quiera— pero en fin relaciones, y relaciones suficientes para que nadie haya tenido la idea peregrina de preguntarse si los Africanos y los Asiáticos eran hombres como los demás. Al contrario, tan hombres los veían que una de las grandes preocupaciones era la de convertirlos al cristianismo. Lo de América era fundamentalmente diferente: se trataba de una novedad *absoluta*, y hay que subrayar aquí la palabra *absoluta*. América no tenía nada común con lo antes conocido: “novedades muy ajenas de la imaginación de los hombres”, como decía Jorge de Montemayor en una de las primeras páginas de su *Diana* (1561). Es natural que esta novedad absoluta haya producido un enorme desconcierto frente a los seres tan extraños que poblaban el Nuevo Mundo, y acerca de los cuales la cultura del occidente europeo no ofrecía ningún sistema de referencias, y así se explica, dicho sea de paso, la asimilación de lo azteca o de lo incaico a lo mu-

sulmán o a lo greco-latino. Pero esta ausencia de un sistema adecuado de referencias explica otra actitud. Y aquí me permitiré citar, aunque la cita resulte un poco larga, un trozo de un defensor de Las Casas, el profesor norteamericano Lewis Hanke, en su libro *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo, Aristóteles y los indios* (trad. esp., Santiago de Chile, 1958). Dice así:

“Los capitanes españoles salían a sus conquistas esperando encontrar muchas variedades de seres míticos y monstruos descritos en la literatura medioeval: gigantes, pigmeos, dragones, grifos, niños de pelo blanco, mujeres con barba, seres humanos adornados con colas, criaturas acéfalas con ojos en el estómago o en el pecho y otros seres fabulosos. Durante mil años se había desarrollado en Europa un gran número de curiosas ideas acerca del hombre y del semihombre, y ahora se aprovechaban libremente en América. San Agustín en su “Ciudad de Dios” dedica un capítulo entero al problema de “Si los descendientes de Adán y de los hijos de Noé produjeron razas monstruosas de hombres”, y hacia fines del siglo XV un cúmulo de ideas fantásticas estaba a disposición de América. Los simios trompeteros, por ejemplo, “formaban parte de un ciclo pictórico vagamente definido que combinaba temas del mundo de la fábula con las bestias exóticas de los bestiarios y las maravillas del oriente” (esto es una cita de otro historiador, Janson). No sorprende, pues, comprobar que el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo haya oído hablar de un mono peruano que “no era menos extraordinario que los grifos”, pues tenía una larga cola, la parte superior del cuerpo cubierta de plumas multicolores y la otra mitad de piel rojiza y suave. Podía cantar “a voluntad” en tonos tan dulces y armoniosos como los de un ruiseñor o una calandria” (pág. 19).

Después habla Lewis Hanke de los hombres salvajes que también inspiraban la imaginación popular durante la Edad Media y del modo como se llegaba a una mezcla de hombre, bestia y criatura mítica, hasta tal punto que una obra publicada en 1498 describía a los habitantes del Nuevo Mundo como seres “de color azul y cabeza cuadrada”

(págs. 19-20). Y concluye estas primeras reflexiones escribiendo acerca de los indígenas de América: "...esta gente pintada y adornada con plumas— tan inevitable y erróneamente denominada indios— pasó a ser el principal misterio que dejó perplejos a la nación española, a los conquistadores, eclesiásticos, corona y pueblo de España" (pág. 21). Más lejos, recuerda que en Europa poca gente había visto un indio en persona, y que los pocos indios que los europeos vieron en su tierra no les ayudaron a comprenderlos mejor ni a valorar su cultura y potencialidades (págs. 58-59).

Por lo tanto, hay que tener en cuenta todo este ambiente (2) para explicarse cómo individuos de la mejor buena fe podían llegar al extremo de preguntarse si los indios eran hombres o bestias (3). Es que, a veces, no veían con toda nitidez y claridad la frontera entre el animal y el hombre. Y así llegamos por fin al caso de Feijoo, pues debemos constatar que en pleno siglo XVIII un escritor tan esclarecido y tan perspicaz como el ilustre benedictino no veía muy clara aquella frontera y no estaba muy lejos de

(2) Desde este punto de vista se puede leer un pasaje característico bajo la pluma de Matienzo, que dice lo siguiente de los indios: "Son partícipes de razón para sentilla, e no para tenella o seguilla. En esto no difieren de los animales, que ni aun sienten la razón, antes se rigen por sus pasiones..." (MATIENZO, *Gobierno del Perú*, primera parte, cap. 4, ed. Paris-Lima, 1967, pág. 17). Sobre el particular existe abundante bibliografía (indicaciones útiles en OTIS H. GREEN, *España y la tradición occidental*, trad. esp., tomo II, Madrid, 1969, pág. 173, n. 110). En el libro del P. JUAN CABAL, O. P., *Betanzos, evangelizador de México y Guatemala*, Villava-Pamplona (1967), hay elementos difícilmente aprovechables en los cap. 17 y 18 sobre la racionalidad de los indios, a consecuencia del descuido y de la poca destreza del autor, que no se expresa con el rigor debido. Es curioso constatar que ideas absurdas o fantásticas sobre los habitantes de América seguían circulando todavía a fines del siglo XVIII, como se ve en el libro reciente de CHARLES MINCUET, *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole (1799-1804)*, Paris, 1969, pág. 258 (indios sin cabeza que tienen la boca en el ombligo). El mismo Buffon veía en el indio "un animal du premier rang" (ibid., pág. 373), y un "filósofo" como Cornelius de Pauw tenía un concepto muy desfavorable del indio (ibid., pág. 340). Humboldt se entrevistó con un misionero del que dice que se interesaba mucho por el problema del alma de los animales, sobre el cual tenía unas ideas peregrinas, y nota que en cierta biblioteca de misión encontró el *Teatro crítico de Feijoo* (ibid., págs. 291-292).

(3) El estudio más reciente y mejor informado es el del P. LINO GOMEZ CANEDO, *¿Hombres o bestias? (nuevo examen crítico de un viejo tópico)*, comunicación al Congreso de Americanistas de 1964, reproducida, con modificaciones no sustanciales, en *Estudios de historia novohispana*, vol. 1, 1966, págs. 29-51. El autor demuestra (pág. 43, n. 22), contra lo que todos hemos creído y escrito que, sobre la racionalidad de los indios, no hay más que una sola bula papal, *Sublímis*

admitir la existencia de seres no fabulosos, sino naturales, más o menos intermedios entre el hombre y el bruto, como decía.

Pero ahora se impone la obligación de consultar los mismos textos en que aparece su perplejidad y vacilación.

Salvo equivocación, Feijoo ha tocado cinco veces, de modo más o menos extenso, el tema de la naturaleza animal: cuatro veces en el *Teatro crítico*, una en las *Cartas eruditas* (4). La repartición cronológica de estos pasajes es muy notable: los dos primeros son de 1728 y 1729 respectivamente, pues figuran en el tomo II y en el tomo III del *Teatro crítico*, que corresponden a aquellos años; los dos siguientes, es decir el tercero y el cuarto, son de 1734, pues ambos se encuentran en el tomo VI del mismo *Teatro crítico*; el quinto y último es netamente posterior a los precedentes, visto que lo leemos en el tomo III de las *Cartas eruditas*, publicado en 1750. Se sabe que en las *Cartas eruditas* Feijoo acostumbra tratar, bajo la forma de cartas a personas amigas, de asuntos ya estudiados en el *Teatro crítico*. Me parece ahora imprescindible seguir paso a paso las páginas que acabo de mencionar para darnos cuenta de las ideas de Feijoo sobre el particular y ver si se ha producido algún proceso o alguna evolución en su modo de plantear y resolver el problema que se le ofrecía.

El primer texto, que figura en el tomo II del *Teatro crítico* (1728), es muy breve. Se trata de un trozo del Dis-

Deus, de 2 de junio de 1537. La llamada *Veritas ipsa* no existe y no es más que un extracto de *Sublimis Deus*. Por no haber conocido antes la demostración del P. Gómez Canedo, no pude hacer a tiempo la necesaria corrección en la versión inglesa de mi libro *The Spiritual Conquest of Mexico*, trad. Lesley Byrd Simpson, Berkeley & Los Angeles, 1966 (véase pág. 91).

(4) Para simplificar, las referencias a los textos de Feijoo van entre paréntesis. Manejo los cuatro volúmenes de sus obras publicados en la "Biblioteca de Autores Españoles" (son los tomos 56, 141, 142 y 143 de esta colección). Eloy Fernández Bullón ha tocado el problema, con relación a Feijoo, en su libro sobre *El alma de los brutos ante los filósofos españoles*, Madrid, 1897, págs. 87-94. Pero se limita al discurso núm. 9 del tomo III del *Teatro crítico* que, a decir verdad, es el más importante sobre el tema. Sobre éste no hay prácticamente nada en el conocido libro de G. DELLY, *Feijoo et l'esprit européen*, París, 1936-1937 (publicado también con el título *L'Espagne et l'esprit européen*). En cambio, se encuentran más interesantes en la conferencia de MIGUEL CRUSAFONT PARRÓ, *El enciclopedismo ortodoxo del Padre Feijoo y las ciencias naturales*, de la serie *Ocho ensayos en torno a Feijoo*, Santander, 1965; ver págs. 99-101.

curso 1.º del tomo, Discurso titulado *Guerras filosóficas*. Feijoo trata de las furiosas polémicas que se han producido entre los filósofos, y como encuentra a Descartes en su camino dedica unas líneas del § 9 (B. A. E., t. 56, I, pág. 65 a-b) a sus ideas sobre los animales. Recuerda que para Descartes “los brutos son máquinas inanimadas” (es decir: sin alma) y que sus movimientos resultan únicamente de la disposición mecánica de sus cuerpos. Feijoo no admite esta teoría, que desmiente, como dice, “la experiencia sensible”. El opina que los brutos poseen “alguna alma” y que ven, huelen, oyen, etc. Emplea un razonamiento de tipo escolástico para rechazar la teoría cartesiana, pero no va más allá y no explica de momento en qué consiste a sus ojos el alma de los animales. En realidad, el problema caía fuera de los límites de su Discurso, y es natural que lo haya tocado sólo de soslayo. De todos modos, y quizás por ello, se explaya a sus anchas en el Discurso 9.º del tomo III (1729) titulado *Racionalidad de los brutos* (B. A. E., t. 56, I, págs. 130 a - 141 b). Después de recordar varias teorías sobre los animales y las plantas, Feijoo evoca otra vez la interpretación de Descartes, según el cual “no son los brutos otra cosa que unas estatuas inanimadas” (con el mismo sentido de: sin alma), y nota que antes de Descartes el filósofo portugués Gomes Pereira había sostenido las mismas ideas en su obra *Antoniana Margarita* (5). A este propósito, recuerda también —y me parece que la cosa merece atención— que en la Antigüedad hubo un filósofo llamado Dicearco, discípulo de Aristóteles, para afirmar lo mismo de los hombres, es decir que los hombres eran máquinas inanimadas. Razonamiento que se pudo aplicar a los indios americanos, aunque de hecho no se les

(5) Acerca del problema de los brutos y en especial de Gomes Pereira, hay indicaciones curiosas en el *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo 1874-1880*, ed. Ignacio Aguilera, 2 vols., Santander, 1967; ver tomo I, págs. 482-483, 487, 496, 498, 501 y 559-560, y tomo II, págs. 577, 609, 829, 850-852, 857-858, 874, 880-881, 905, 911, 915 y 929. Sobre Gomes Pereira y su posible influencia sobre Descartes, véase el libro de Juan Baroja, *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique*, segunda ed., París, 1931, págs. 78-81, y la tesis, aún inédita —que yo sepa—, del escritor chileno Gabriel Sarmunza, *La pensée biologique de Descartes dans ses rapports avec la philosophie scolastique*, presentada en la Sorbona el día 19 de febrero de 1966.

aplicó. En el extremo opuesto, hay autores que “quieren que los brutos sean discursivos”, y estos autores no son tan pocos como se cree comúnmente. ¿Cuál será la postura de Feijoo? Se expresa aquí con toda claridad: “Entre las dos opiniones extremas propuestas —escribe—, una que les niega sentimiento a los brutos, otra que les concede discurso, parece más razonable la comunísima, que, tomando por medio de las dos, les niega discurso y les concede sentimiento” (§ 4, págs. 132 b - 133 a). A pesar de esto, y “sin afirmar positivamente cosa alguna en esta materia” (pág. 133 a), Feijoo no disimula que sufre una tentación muy fuerte, la de atribuir a los animales “inteligencia y discurso” (ibid.). A este efecto, con el espíritu de coleccionista que se le conoce, recuerda una porción de casos que abonan la tesis de la inteligencia de los brutos. Pero no insiste, pues este punto le parece desprovisto de interés, por los motivos siguientes, que creo sumamente sugerentes: “...para probar que los brutos tienen discurso —escribe Feijoo—, me bastan aquellas operaciones comunes que están patentes a la observación en cualquier animal doméstico. Llevo con esto la ventaja de razonar sobre hechos ciertos, y que no se me pueden revocar en duda...” (aunque sea una banalidad decirlo, esto nos recuerda el papel capital de la observación en la obra de Feijoo, y que sus pocos errores se refieren a cosas que él no pudo observar directa y personalmente). Y continúa diciendo: “Y advierto que en este litigio doy ya por abandonada la sentencia de Descartes... y así mi disputa será sólo contra los que, siguiendo la opinión común, dan lo sensitivo y niegan lo discursivo a los brutos” (pág. 133 b). El razonamiento de Feijoo es el siguiente: “Hay en los brutos acciones que son efecto del alma más que sensitiva. Luego hay acciones que son efectos de alma racional”. Para entender esto, debemos acordarnos —y lo subraya Feijoo— que en lo que él llama “la sentencia común” no existen más que tres clases de almas: vegetativa, sensitiva y racional. En la teoría de Descartes, los animales no tienen alma alguna. En la teoría común, sólo poseen alma sensitiva, quedando reservada al hombre el alma racional. Dejo a un lado el ropaje

escolástico de que Feijoo reviste su argumentación. El punto principal de ella es lo que sigue: "Hay en los brutos acciones que son más que sensaciones; luego son efectos de alma más que sensitiva". Después de una serie de hechos que abonan sus ideas. Le parece que estos de esta cuestión, conviene a saber, el recurso de que los brutos obran no por inteligencia, sino por instinto" (pág. 134 b). A esta explicación hace Feijoo dos objeciones. La primera es que "la voz *instinto* no tiene significación fija y determinada". La segunda es más complicada, porque otra vez emplea el sistema escolástico que no ha abandonado del todo. Dice: la voz *instinto* se aplica al principio o a la acción. Si se aplica al principio, el problema consiste en saber si este principio es sólo sensitivo o más que sensitivo. Si es únicamente sensitivo, no puede producir acciones que son más que sensaciones, como Feijoo afirma que lo ha demostrado por la observación de la realidad. Por lo tanto, si es más sensitivo, resulta necesariamente racional.

Para no producir confusión, no trataré de discutir esta argumentación del célebre benedictino, aunque pienso que encierra algo de sofisma o de petición de principio, y seguiré resumiendo aquella larga disertación sobre la racionalidad de los brutos. Feijoo examina a continuación el caso del perro que, habiendo recibido un golpe, huye después del sujeto que le ha golpeado. En esta actitud, Feijoo ve más que pura sensación. Hay primero un acto de memoria, y luego "verdadero y formal raciocinio" (página 134 b). Lo prueba recurriendo de nuevo a una argumentación de tipo escolástico. Al primer caso añade el del perro de caza que, siguiendo a la "fiera" a quien perdió de vista y llegando a un trivio, hace la pesquisa con el olfato para descubrir cuál de los tres caminos ha tomado el animal perseguido. Declara, de un modo que el lector de hoy podrá juzgar algo divertido, que el perro usa así del argumento llamado por los lógicos "a sufficienti partium enumeratione" (pág. 135 a), y nos espeta a este propósito una larga cita latina de Santo Tomás de Aquino, que comenta prolijamente, insistiendo sobre el caso del perro de

caza que ha perdido a su fiera y que, según él, “procede con propio y riguroso discurso” (pág. 135 b). Prosiguiendo, Feijoo refuta fácilmente la objeción de los que declaran que en ello interviene un conocimiento semejante o análogo al discurso, pero que no es discurso, porque se ve en seguida que decir tal cosa es no decir nada (ibid.). Después se enfrasca en una larga discusión con el mismo Santo Tomás acerca del punto de determinar si en el caso de dicho perro de caza hay dirección activa o pasiva. Santo Tomás opina por la dirección pasiva, y Feijoo por la activa, pues sigue fiel a su convencimiento de que hay racionalidad en los brutos. Nota en efecto que existen animales capaces de contar o de numerar —acto privativo del hombre según Aristóteles— y cuenta la historia de un pollino del colegio de San Pedro de Eslonza, que sabía distinguir los días de la semana, puesto que se escondía o se escapaba los jueves, porque era el día en que tenía que hacer un trabajo que no le gustaba. Para terminar, Feijoo refuta con alguna prolijidad los argumentos de los que, opuestos a su teoría, niegan la existencia del discurso en los brutos. No creo que tengamos interés en seguir paso a paso su refutación, en la que discute las seis objeciones que se le pueden hacer. Lo que sí parece de interés es ver que a lo largo de su refutación emite la idea de que los animales poseen un discurso “muy inferior” al del hombre, que su alma no es espiritual, como la del hombre, y que esta alma del bruto no es materia ni espíritu, “ni uno ni otro” (pág. 139 a). Pero, si no es materia, añade Feijoo con un grano de sutilidad, es material. Y desde luego nos preguntamos inmediatamente, algo sorprendidos: si no es materia, ¿cómo puede ser material? La contestación de Feijoo, que, naturalmente, ha previsto la pregunta, es que el alma del bruto, sin ser materia, es material porque “es esencialmente dependiente de la materia en el hacerse, en el ser y en el conservarse” (ibid.). Después de todo esto, Feijoo acaba su Discurso examinando brevemente un último problema, “a saber, si los brutos tienen locución propiamente tal o idioma con que se entiendan entre sí los de cada especie” (pág. 140 b). No niega que los brutos de la misma especie se entiendan entre sí, mas estima

que no se trata de "locución" en el sentido exacto de la palabra. Reconoce que es un tema que merecería un examen más detenido, pero no lo hace porque, dice, "ya este Discurso se ha extendido mucho" (pág. 141 b).

Los otros dos Discursos que se pueden leer en el tomo VI del *Teatro crítico*, publicado en 1734, son de un carácter un poco diferente del del Discurso que acabo de analizar, y se refieren a hechos menos generales y más limitados. El primero, que es el núm. 7 del tomo, lleva como título *Sátiros, tritones y nereidas* (B. A. E., t. 142, págs. 349-357) (6). Es curioso notar que, a pesar de la diferencia del problema, Feijoo adopta acerca de estos seres mitológicos una postura ecléctica e intermedia, como en lo que se relaciona con el alma de los brutos. En efecto, vemos con extrañeza que, a propósito de estos personajes, no vacila en declarar: "Suenan en el mundo sátiros, tritones y nereidas como meros entes fabulosos. Pero yo, sin negar que mezclo en ellos algo la fábula, siento que fueron entes verdaderos y reales" (pág. 349 a). Sin embargo, nuestra sorpresa disminuye un poco cuando vemos luego que Feijoo, después de examinar y discutir varios testimonios sobre los sátiros, no admite la existencia de sátiros racionales y con uso de locución, sino sólo de sátiros brutos o embrutecidos, es decir de unos monstruos más o menos parecidos a los sátiros de la mitología por su aspecto exterior. Nuestra sorpresa, repitamos, disminuye un poco, pues conocemos de sobra el interés de Feijoo por la teratología, es decir por la ciencia y el estudio de los monstruos. Para él estos sátiros resultarían seres nacidos de "la detestable co-mixtión de individuos de la especie humana con los de la caprina" (pág. 350 b). Tal generación nos parece imposible, pero Feijoo creía en la posibilidad de lo que llama partos de concúbitos infames, y afirma esta posibilidad en el Discurso que estoy resumiendo. Y aquí vuelve a hablar

(6) Sobre el problema de estos seres marinos citos por Feijoo, cf. JULIO CARO BAROJA, *La creencia en hombres marinos*, en *Algunos mitos españoles*, Madrid, 1944, págs. 133-143, donde el autor subraya la debilidad de los testimonios utilizados por Feijoo, y FERNANDO DE C. PIRRES DE LIMA, en *Actas do Congresso internacional de Etnografía* (Santo Tirso, 10-18 de julio de 1963), vol. V (Coloquio de etnología marítima) [Porto, s. f.], págs. 261 y 267, y sobre todo el mismo, *Ensalas etnográficas*, vol. I [Lisboa], 1969, págs. 139-158.

de los brutos, de los cuales no nos hemos alejado tanto como podía parecerse. Cita en efecto el testimonio de un misionero francés, el P. Le Comte, que declara haber visto en el Estrecho de Malaca unos monos "de figura mucho más parecida a la humana que los comunes, que se mueven levantados, como los hombres, sobre los pies de atrás, o digámoslo mejor, sólo sobre los pies. Aún la voz es parecida a la humana y semejante al chillido de los niños..." (pág. 351 b). Pues ocurre precisamente que estos monos del P. Le Comte se parecen mucho a los animales que Plinio llama sátiros. En esta ocasión notamos una vez más la tendencia habitual de Feijoo, que consiste en aproximar el animal al hombre, sin abolir por ello la distinción que le imponen de consuno el dogma cristiano y el buen sentido.

El hecho es que de los monos de Malaca pasa después a unos hombres salvajes o silvestres que se han señalado en la isla de Borneo. Exteriormente son hombres auténticos, pero les falta la locución y viven como fieras sin ninguna policía. Feijoo no se preocupa de criticar la validez de los testimonios que afirman la existencia de estos individuos, y acaba concluyendo que la falta de lenguaje y de policía revela que estos hombres salvajes deben de ser en realidad una especie de monos. Sin embargo, vuelve a la idea que se señalaba hace un momento y que domina cuanto escribió acerca de los animales. Dice en efecto: "¿Quién sabe hasta qué límites puede extenderse en alguna especie bruta la exterior imitación del hombre? En los animales marinos, de que vamos a tratar inmediatamente, se verá que a lo menos en la parte superior y principal del cuerpo cabe mayor semejanza entre el hombre y el bruto que la expresada" (p. 354 a). Pasando así a los animales marinos, Feijoo nos sorprende otra vez escribiendo con toda calma lo que sigue: "En los tritones y nereidas hay poquísimos que purgar de fábula a la verdad. Cuales nos los pintan los antiguos poetas, tales se hallan hoy en los mares..." (pág. 354 a). Entre estos tritones y nereidas de su época Feijoo distingue dos categorías, pues él cree firmemente en la realidad de estos seres. La primera categoría es la

de los "acuátiles", como los llama, que son medio peces y medio hombres. La segunda es la de los individuos en que el cuerpo es enteramente humano. En ambos casos Feijoo se funda sobre hechos encontrados en sus incesantes lecturas, pero, como siempre, no se interroga lo bastante acerca de los testimonios aducidos por los autores. La discusión que instaura luego para defender su tesis contra las objeciones posibles no se refiere a estos testimonios ni se relaciona con la crítica histórica, sino que es una argumentación puramente lógica de índole más o menos abstracta. No es la primera vez que nos encontramos con este rasgo, y se debe probablemente a la formación escolástica que recibió Feijoo en la Universidad de Salamanca. Justamente deslumbrados por la libertad intelectual del ilustre monje y por su esfuerzo reformador, quizá los historiadores no hayan subrayado lo bastante este aspecto, que explica algunas de sus pocas equivocaciones y que por lo demás no disminuye en nada su verdadera grandeza.

Al final de este Discurso núm. 7 Feijoo anuncia el siguiente, núm. 8, y en efecto este otro Discurso enlaza directamente con el anterior, puesto que trata de los hombres marinos. Su título exacto es: *Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos (El anfibio de Liérganes)* (B. A. E., t. 56, I, págs. 326-340). El asunto es de los más conocidos entre los tratados por Feijoo. Pero vamos a ver que, en realidad, Feijoo no se limita a lo de los hombres marinos y vuelve a examinar el problema ya estudiado en el ensayo sobre la *Racionalidad de los brutos*. Para no alargarme demasiado, no insistiré sobre lo que se refiere al hombre-pep de Liérganes, puesto que Gregorio Marañón le ha dedicado un capítulo muy certero (es el cap. 19) en su libro sobre *Las ideas biológicas del P. Feijoo* (7). Como se sabe, ha demostrado Marañón que no se trataba de tal hombre-pep, sino de un hombre verdadero, sólo que era un cretino, en el sentido científico de la palabra, y que Feijoo se equivocó porque no supo criticar convenientemente los testimo-

(7) De esta obra de Marañón hay varias ediciones, y por ello me remito sólo al capítulo. Una de estas ediciones es la que encabeza el tomo 141 de la B. A. E.

nios de que disponía. Por lo tanto, me ocuparé sobre todo de las páginas finales del Discurso (§§ 11 y sigs.), en que Feijoo empieza rectificando su conclusión anterior acerca de los hombres marinos y de los hombres salvajes o silvestres de Borneo. Se echa atrás, en efecto, y reconoce que el estudio del hombre de Liérganes le ha demostrado que en ambos casos se trata no de brutos, como lo había creído primero, sino de verdaderos hombres. Procede, por lo tanto, con su probidad intelectual acostumbrada, pero lo más interesante ahora son sus nuevas reflexiones sobre los monos: “Es cierto —dice— que entre las varias clases de animales comprendidos debajo del nombre común de monos, hay algunas en quienes resplandece una sagacidad tan exquisita, una imitación tan viva de la inteligencia, y aun de las inclinaciones y afectos humanos que son menester principios más seguros que los de la común filosofía para distinguir su racionalidad de la nuestra” (pág. 337 a). Luego introduce uno de estos paréntesis anecdóticos de que tanto gustaba, y sigue escribiendo: “La razón es porque la común filosofía no halla, ni se halla medio, entre un impulso ciego que llaman *instinto* y que destina al manejo de los brutos y la perfecta racionalidad o discurso propio del hombre. Pero es más claro que la luz del día que un impulso ciego es insuficiente para innumerables operaciones de los monos, en quienes se hace evidente una destreza y sagacidad admirable; con que no queda otro recurso que atribuirles una perfecta racionalidad, igual a la del hombre. Mas en nuestra particular filosofía no hay este embarazo, porque dando una racionalidad o discurso inferior a los brutos, según las limitaciones que propusimos en el discurso acerca de la *Racionalidad de los brutos*, queda campo abierto para ampliar o restringir respectivamente esta racionalidad en diferentes especies de brutos, según las mayores o menores apariencias de industria que en ellas se descubren, pero sin sacarla jamás de la clase en que la colocan aquellas limitaciones” (pág. 337 b). Estas líneas expresan con la mayor nitidez la concepción que Feijoo se hace del asunto. Sólo debemos añadir que, con su prudencia habitual, no quiso terminar su discurso sin especificar que trataba esta materia “pro-

blemáticamente” (pág. 338 a), es decir, que presentaba interpretaciones hipotéticas sin atreverse a afirmaciones formales. Sin embargo, sigue apareciendo con claridad suficiente la tendencia general de lo que puede llamarse su filosofía de la animalidad. No parece dudoso que la postura personal y original de Feijoo consiste en conceder a los mejor dotados de los brutos una forma de raciocinio inferior a la del hombre, pero superior a una pura capacidad de sensaciones. Aunque se abandona alguna vez a argumentar según el patrón abstracto heredado de la escolástica, esta postura nació ante todo de su experiencia concreta y de su observación de la realidad.

Resta por fin el núm. 27 del tomo III de las *Cartas eruditas*, publicado en 1750. Esta carta lleva como título *Compasión con los irracionales* (B. A. E., t. 56, I, págs. 560-562). Como es natural, tratándose de las *Cartas eruditas*, es el más breve de nuestros textos y se presenta más bien como un simple apéndice a lo escrito antes por el autor. Dice Feijoo que hay que portarse con bondad hacia los animales —ya emplea algo menos la palabra “brutos”— y estima que “en un corazón capaz de sevicia hacia las bestias no cabe mucha humanidad hacia los racionales”. “Ni puedo persuadirme —continúa— a que quien se complace en hacer padecer un bruto se doliese mucho de ver atormentar a un hombre” (pág. 561 a). Mas, como se ve, esta actitud tan natural no tendría relación con nuestro problema si el autor no hubiera añadido al final de su carta: “Advierto... que lo que he escrito en esta carta en ninguna manera comprende a los filósofos cartesianos, los cuales en orden al asunto de ella son gente privilegiada: porque, como sólo reconocen los brutos en cualidad de máquinas autómatas, desnudas de todo sentimiento, sin el menor escrúpulo o el más leve movimiento de compasión, pueden cortar y rajar en ellos, etc.” (pág. 562 a-b).

Aquí terminará la revista de los textos de Feijoo relativos al misterio de la naturaleza animal. Es posible que ciertas frases suyas hayan sorprendido a alguno de los lectores, quizá porque nos hacemos de Feijoo una idea demasiado sencilla, e incluso un poco simplista. Considerando su li-

bertad de espíritu y el modo tan personal y a veces audaz como encara las cosas, tenemos tendencia a verle como un precursor infalible de las "luces" y como un total innovador. Hay que matizar mucho más nuestro juicio, y el gran mérito de Marañón, en sus varios escritos sobre Feijoo y más especialmente en la obra que cité, consiste en haber mostrado que el benedictino se equivocó de vez en cuando por insuficiencia de crítica, sin que estos fallos inevitables y además poco frecuentes, disminuyan el valor de sus páginas y la admiración que nos merece. Las citas y los comentarios que he hecho nos recuerdan en primer lugar que Feijoo es un hombre de formación escolástica y que, a pesar de su "modernidad", nunca abandonó del todo el modo de razonar y de argumentar escolástico, evidentemente no sólo por la influencia de su formación primera, sino también porque, precisamente, a causa de su gran libertad intelectual, conoció que no todo era malo en el método escolástico y que lo importante era emplearlo con discreción, en todos los sentidos de la palabra. Un espíritu tan revolucionario como Descartes también sufrió la influencia de la escolástica, y esta influencia no aminoró su poderosa originalidad. Lo que me permito lamentar es que no exista, según mis informaciones, ningún trabajo sistemático acerca de la supervivencia de la escolástica en la obra de Feijoo. Sin embargo, nadie ignora que no hay verdaderas rupturas en la historia de la humanidad, particularmente en la historia de las ideas. Feijoo es un ejemplo característico de esta continuidad. Lo que sí en su caso resulta realmente original y hasta cierto punto nuevo, a lo menos en España, es su casi total ausencia de dogmatismo. Su curiosidad universal le lleva a plantearse un sinnúmero de problemas. Desde luego, busca la solución, porque la costumbre de plantear problemas, aunque es la base necesaria y el punto de partida imprescindible, puede resultar un ejercicio un poco vano si no se va más allá del mismo planteamiento. Pero, como la probidad intelectual es uno de sus rasgos dominantes, tiene el mayor cuidado en no afirmar nada cuando el asunto le parece "problemático", como decía hace un momento. Ese es el motivo por el cual Feijoo no consiguió ni

probablemente quiso elaborar un sistema filosófico, y lo que declara sobre su filosofía particular, a propósito de la racionalidad de los brutos, es cosa accidental y pasajera. Ello no se debe sólo a su temperamento de ensayista, se debe también a la flexibilidad de un espíritu prudente y noblemente modesto que repugna a afirmar y a dogmatizar cuando no se encuentra frente a una evidencia irrefutable.

Es lo que hace en el problema del alma de los brutos. Sin duda, deja transparentar su preferencia y no oculta su tendencia a pensar que hay animales dotados de unas facultades de raciocinio sin que por eso dejen de ser animales. En esta consideración cree vislumbrar la solución de las dificultades que se le presentan. Mas, siguiendo fiel a sí mismo, su temperamento y a principios, no disimula tampoco su perplejidad y vacilación. De esta manera, volvemos a nuestro punto de partida: el que un hombre tan libre de espíritu y tan desinteresado como Feijoo haya podido vacilar acerca de la verdadera naturaleza de ciertos seres, preguntándose si eran hombres o animales, disculpa en gran medida a los que, hundidos en el mayor desconcierto por el espectáculo nuevo de América, se preguntaban con entera buena fe qué clase de seres eran los indios.